

ODIÁNDONOS A LO GORDO

Desde el comienzo del aislamiento social y obligatorio -comúnmente denominado cuarentena- hemos sido testigos de la agudización de un fenómeno que, dentro de la complejidad de la emergencia sanitaria, puede haber pasado desapercibido o considerado en un plano que poco se acerca a las instancias del debate público. Sin embargo, esta situación en nada difiere al casi nulo tratamiento que ya disponía, incluso antes de la pandemia actual, sin desmerecer los esfuerzos provenientes de los diversos movimientos por contrarrestar esta realidad.

Sin excepción, semana tras semana, navegando por las redes sociales nos encontramos con imágenes, memes y comentarios con contenido gordx-odiante. Una vez más, el chiste se convierte en la herramienta que permite la naturalización de la problemática. Por momentos, durante las primeras semanas de cuarentena, daba la impresión de que el temor a engordar era mayor al de contraer Covid-19. El miedo y el odio hacia las corporalidades no hegemónicas se visibilizó sin tapujos.

Generalmente, la escritura suele ser una herramienta bastante útil para desentrañar marañas personales, pero siempre desde una posición muy privada. La escritura en primera persona nunca fue de mi agrado, mucho menos para hacerlo público, es decir, para compartirlo. Y acá me encuentro: revisando y repensando cada línea, una y otra vez, para verificar que no exista otra alternativa de redacción que permita escapar -nuevamente- del *yoísmo* que tanta molestia genera.

La idea recurrente y esa actitud adoptada contra la utilización del “yo” guardan una estrecha relación con lo mencionado en los primeros párrafos y que puede localizar análisis dentro de lo colectivo. La razón del presente intento de enfrentamiento a esa sensación de rechazo y contradicción ante las autorreferencias, son precisamente su origen y vinculación social.

El octubre pasado, se cumplieron 5 años del bypass gástrico al que me sometí por decisión personal (o eso es lo que me gustaría creer). El camino recorrido ha sido de permanentes desarmes y construcciones en los que se han ido desparramando prejuicios y opiniones con aquellos 50 kilos que fueron parte de mí. Es la primera vez que escribo al respecto, pero sin ahondar en detalles que puedan aburrir a lectores, es necesario rescatar algunas cuestiones para analizar e interpretar.

En primer lugar, el ya mencionado odio: el gordx-odio. En estos 5 años me reconocí gorda-odiante, que por supuesto implicaba el auto-odio (he aquí parte importante de las dificultades ante la expresión del “yo”). Lleva mucho, pero mucho laburo, no culparte por ese auto-desprecio, comprender que no se trata de algo innato, sino que las lógicas gordx-odiantes nos bombardean desde las primeras infancias y allí empiezan a

acompañarnos centradas en el sometimiento; presentando alguna que otra mutación a través del tiempo y de las circunstancias. Se trata de una ideología que nos interpela como sujetos desde que tenemos conciencia. La mamamos y a partir de ella construimos vínculos con otras personas, con la comida, con nosotrxs mismxs. Su disfraz preferido es aquel que se constituye con aparentes preocupaciones sobre la salud. Sin embargo, con muy poco esfuerzo, la careta se cae y el gordx-odio que siempre estuvo ahí, se manifiesta impunemente. El contexto actual no ha hecho más que exacerbar esta situación.

Este escrito no es un intento por desestimar las complejidades que pueda contraer el sobrepeso sobre nuestra salud. Tampoco militar la bariátrica como un camino idealizado que subestima sus efectos y las particularidades que puede conllevar cada experiencia. Lo que se pretende es descubrir qué se esconde detrás de los comentarios -que nadie pide- sobre las corporalidades ajenas y que alegan a la salud desde el pleno desconocimiento y a modo de encubrimiento.

Somos parte de una sociedad que constantemente nos invade de todas las formas posibles con estereotipos inalcanzables como mecanismo de regulación y corrección permanente. Mecanismos biopolíticos que nos convierten en perfectos consumidores de un sistema que nos ofrece continuamente lo que debemos hacer y/o comprar para alcanzar esa ficticia perfección, que nos convierte en humanxs dóciles. El mirarnos al espejo nos devuelve aquello que nos repitieron y repiten, en tantas circunstancias, que era y es imperfecto.

Pero a modo de refuerzo, este sistema tecnológico de poder ha formado y preparado todo un ejército que procura desenvolverse en el rol de controlador y es precisamente esto lo que se esconde detrás de aquellos comentarios -que, reitero, nadie pide- sobre las corporalidades ajenas. Las personas gordas no encajamos en la concepción hegemónica, pero somos potenciales consumidores de aquello que nos asegura poder integrarnos. Por esta razón, no basta con la percepción que se pueda tener sobre la corporalidad propia, sino que existe toda una serie de mecanismos recordándonos permanentemente esa exclusión y reproduciendo aquello que puede interpretarse como una forma de violencia.

Los movimientos de activistas por las diversidades corporales vienen visibilizando estas situaciones y militando la erradicación de hábitos negativos y fomentadores de odios. Es imprescindible empezar a cuestionarnos estos mecanismos que se manifiestan en nuestras costumbres con respecto a esta problemática, revisar nuestras actitudes ante las corporalidades ajenas y la propia. Es uno de los procesos imprescindibles para combatir trastornos alimenticios y psicológicos; construir infancias más libres; para que la apariencia no continúe siendo una herramienta de jerarquización; para apropiarnos de

nuestras corporalidades y dejar de tratarlas con tanta dureza; para construir vínculos empáticos de respeto y comprensión.

El poder-saber la vida/nuestra vida como objeto político también nos permite acceder a posiciones y herramientas que posibiliten acciones de lucha y transformación.

El peso más pesado y el que es preciso perder es aquel que proviene del odio y de la culpa. Somos más que nuestra apariencia. No somos lo que pesamos. No somos lo que comemos.

Romina Contreras

Estudiante eterna de Sociología, gorda bypasseada y en constante proceso de construcción.